

**Beatriz Colombi, *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina 1880–1915***

**Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2004, 270 páginas.**

En este libro, que recoge fundamentalmente los resultados de su investigación doctoral, Beatriz Colombi da cuenta de la forma en que viajaron un conjunto de escritores latinoamericanos, entre fines del siglo XIX y principios del XX, un período marcado por los procesos de modernización económica, social, cultural, y los efectos, previstos o indeseados, que ella produjo. En el arco que va de 1880 a 1915, la autora reconoce el momento de máximo prestigio y a la vez el comienzo de la devaluación del viaje. En una perspectiva que exhibe el conocimiento de las amplias y complejas problemáticas latinoamericanas, aparecen reunidos sujetos que realizaron algún tipo de experiencia viajera y dejaron un testimonio escrito sobre ella. Ellos son: José Martí, Rubén Darío, Domingo F. Sarmiento, Paul Groussac, Horacio Quiroga, Alfonso Reyes, Fray Servando, Manuel Ugarte, Enrique Gómez Carrillo. *Viaje intelectual* pone en escena una lectura fecunda de la relación entre viaje y escritura, para afirmar y demostrar que en ese legado impreso se conforma imaginariamente una zona de la modernidad latinoamericana cuyo revisión se vuelve insoslayable para la comprensión de ese proceso. Los puntos de contacto entre los diversos nombres que constituyen el corpus sobre el cual trabaja Colombi están contenidos en la perspectiva metodológica que organiza el libro, el cual más allá de ocuparse de figuras rutilantes del canon latinoamericano, construye un novedoso objeto de lectura, en función del cual dichas figuras se van encadenando de un modo original. Desde esa perspectiva, la importancia del viaje y específicamente la de los relatos que lo tienen como marca de origen –las llamadas “escrituras o lecturas viajeras”– radica en que serían puntos de articulación de procesos culturales hispanoamericanos. En ese sentido, la introducción del libro solicita un punto de lectura y muestra un cierto desplazamiento desde la crítica literaria hacia como de la crítica cultural. Así, el viaje es definido, más allá de las fronteras de un género discursivo que goza de una abultada tradición literaria y una serie de problemas o cuestiones vinculadas a ella, como una práctica cultural variada y “saturada de significaciones”. Como parte del actualizado y riguroso encuadre teórico–metodológico, que Colombi no vacila en calificar de heterogéneo (“ecléctico”) y que incluye los estudios postcoloniales, la historia intelectual y la crítica literaria, la introducción propone, con el fin de no reducir ni volver esquemático el análisis de los casos propuestos, la asunción simultánea de dos concepciones diferentes sobre el viaje: la que considera el *viaje* en tanto experiencia individual del sujeto burgués moderno, y por lo tanto, relativa a una clase; y aquella en la que el término *desplazamiento* (y no *viaje*) remite a las migraciones y los exilios, se vincula con una experiencia colectiva y reviste un carácter netamente político. Colombi propone entonces hablar de “viaje–desplazamiento” y caracterizar los textos provenientes de tal práctica como “escritura[s] desterritorializada[s]”. Aquel encuadre teórico–metodológico general se va precisando con el tratamiento de cada sujeto–escritor–viajero y la construcción de tipologías. De este modo, Groussac aparece como escritor huésped y fiscalizador, Martí, un “sujeto entre dos mundos”, Manuel Ugarte, como el memorialista, por mencionar algunos ejemplos.

Cuando esta voluntad de conciliar para volver productivas aquellas perspectivas divergentes sobre el viaje (y que el título del libro ratifica) se pone en práctica, resultan privilegiados algunos de los aspectos que definen el *viaje*, no ya el *desplazamiento*. Quienes viajan son sujetos escritores e intelectuales para quienes, en el contexto de modernización cultural, el viaje funciona como una forma de profesionalización a través de la corresponsalía de un periódico o del ejercicio de otras profesiones literarias como la traducción; son intelectuales que intentan legitimar su práctica y sus ideas en la recurrencia no siempre afirmativa a los modelos literarios y culturales centrales; se trata, en la mayor parte de los casos, de sujetos si no burgueses, no por ello desclasados; se trata, también, de sujetos vinculados con las elites políticas (y el viaje aparece entonces como un empleo estatal) o que viven del ejercicio de las llamadas profesiones literarias.

Además, hay un concepto ampliado y casi metafórico del viaje que excede la más característica configuración discursiva de una práctica asociada al espacio, configuración que aparecería entonces como contracara casi literal respecto de ese concepto ampliado. A partir de esa concepción, el universo–texto del viaje es capaz de albergar las traducciones, entendidas como desplazamientos entre lenguas; las memorias, dado que se fundan en el tránsito de un tiempo a otro; el “traslado” entre géneros (ensayo); las cartas y las crónicas, percibidas como certificaciones de la distancia o del cambio de sitio.

Los interesantes análisis que componen el libro se organizan teniendo como foco de irradiación a los sujetos, ubicados en contextos histórico–culturales precisos, y acentúan un abordaje específico de los textos seleccionados. En ese sentido, la literatura está ahí, no como punto alrededor del cual es posible leer meramente un conjunto de problemas, sino como el discurso en que tales problemas se configuran de

un modo particular. El libro consta, además de la introducción ya citada, de diez capítulos y una nutrida y bien organizada bibliografía, que lo convierte en una fuente de referencia ineludible sobre el tema. Los dos primeros se ocupan de José Martí en el marco de su experiencia neoyorquina, ya como traductor –y aquí el viaje se vuelve metáfora del pasaje siempre problemático entre dos lenguas–, ya como cronista crítico de la modernidad de la metrópoli. Colombi se detiene en cartas y crónicas que pondrían en evidencia la intervención de Martí en la polémica relativa a las valoraciones diversas sobre la civilización norteamericana. A diferencia del tono y las objeciones a los Estados Unidos que desde el siglo XVIII se hicieron presentes tanto en los escritores europeos como posteriormente en los novecentistas hispanoamericanos, Martí se apartaría de ellos en la asunción del “estilo alto de una palpitante tragedia moderna, sobre la que a veces arroja el alivio de una mirada esperanzada”. Sin embargo, esto no implica desconocer la mirada crítica dominante en las “Escenas norteamericanas”, en función de la cual la autora revisa la discusión entre Sarmiento y Martí, contrastando la visión más optimista del argentino con la desesperanza del cubano. El tercer capítulo está dedicado a Paul Groussac y los escritos reunidos en *El viaje intelectual y Del Plata al Niágara*, al que se refiere principalmente. Fruto del viaje realizado entre mayo de 1893 y enero de 1894 por la capital chilena, la costa del Pacífico, Lima, Colón, Belice, California, Utah, Chicago (en la que se celebra la Exposición Internacional) y las cataratas del Niágara, *Del Plata al Niágara*, cuyo autor es definido en términos generales por Colombi como “fiscalizador” y “censor insobornable”, pondría en escena una formulación del latinismo finisecular que desde una perspectiva orientalista juzgaría con desprecio las sociedades, que “se le ofrecen como un gran desierto o un confuso bazar”. El relato deviene epigrama que vehicularía las condenas de una civilización advenediza. En el capítulo cuarto, “El triunfo de Calibán y el discurso latino”, se retoma la cuestión del latinismo finisecular colocándolo en la coyuntura política de los enfrentamientos entre España y Estados Unidos por el destino de las últimas colonias españolas. Intervenciones como la de Darío en *El Tiempo*, o las de Roque Sáenz Peña y Paul Groussac, delimitarían, a partir del latinismo, un espacio identitario, en función de una nueva alineación continental producto del conflicto bélico, espacio que se define en términos culturales, jurídicos, territoriales y lingüísticos. “Retóricas del Viaje a España” insiste en la presencia de un diálogo intelectual con los modelos centrales en las escrituras viajeras americanas, diálogo que no siempre es afirmativo. El capítulo se organiza alrededor de los conceptos de memoria, representación y figuración, y los escritores abordados son Fray Servando, Teresa de Mier, Rubén Darío y Sarmiento. Tramadas en la picaresca y el relato de aventuras, las *Memorias* de Fray Servando construyen una visión hiperbólica de España, marcada por la confrontación. El recurso a la sátira y a la exageración configurarían la imagen de una España “desquiciada”, vituperada en el marco de las disputas coloniales del período independentista. La hispanofobia de Sarmiento recurre y se basa en el orientalismo y la españolada, considerados por Colombi como repertorios discursivos consolidados para el momento en que Sarmiento escribe. El producto de esta operación, que además discute con las definiciones esencialistas presentes en el relato de viajes europeo (Gautier, Dumas padre) es una perspectiva personal y “descentrada”. La nota hispanofóbica dominante en Sarmiento, quien considera a España como una invención de Francia, se trocaría en una retórica marcada por el optimismo en las intervenciones de Darío posteriores a 1898. Darío se haría eco de la posición de la generación del 98, que oscila entre el escepticismo y una vocación de reconstrucción identitaria nacional, respecto de la cual la labor de los intelectuales ocupa un lugar preponderante. *España contemporánea* plantearía una rearticulación nueva de ese espacio a partir de la revisión de tópicos como la barbarie hispana o de la revalorización de la España mora. España reaparece en el capítulo siguiente dedicado a Alfonso Reyes en el análisis de *Cartones de España*. Colombi afirma que el mexicano invierte en esta especie de aguafuerte uno de los principios del relato de viaje del siglo XIX ligados al color local. Se trataría de la búsqueda de resoluciones nuevas, centradas no ya exclusivamente en lo visual sino en un trabajo de recolección de la oralidad, haciendo uso de procedimientos de corte vanguardista como la fragmentación o el bosquejo. La España de estos *Cartones* resultaría clásica, y a su vez, moderna y cosmopolita. El capítulo siguiente trata sobre Manuel Ugarte, quien es considerado por Colombi como el “memorialista” de su generación, a la que él mismo rotuló como “generación viajera”. El libro *Escritores iberoamericanos del 900*, escrito en 1941, recupera la experiencia de esos desplazamientos y la imagen de esa generación como grupo desplazado, de la cual procedería una cultura de carácter supranacional. En el marco de la democratización de los medios de comunicación, el viaje funcionaría por primera vez y para estos sujetos como “experiencia de formación letrada”, y también como contacto con medios intelectuales efectivamente profesionalizados. Una zona del capítulo octavo detalla las formas de sociabilidad de los viajeros latinoamericanos en París y las instituciones y espacios en que ésta se desarrolla (diarios, revistas, bares, cafés, salones), reorganizando así una serie de elementos antes enunciados. La lectura del *Diario de viaje a París* de Horacio Quiroga constituye uno de los momentos más significativos del libro. Este diario, al que Colombi considera casi como una protonovela, protagonizada por un viajero cosmopolita que adopta máscaras diversas en el transcurso de su desplazamiento, marcaría el inicio de un

quiebre con el modelo del viaje letrado y consagratorio. En ese sentido, Quiroga sustituirá el café, espacio por excelencia del París de los escritores, por el velódromo, para encontrar en ese espacio una relación nueva entre vida y literatura. Los dos capítulos finales pueden leerse conjuntamente en función de un mismo cuestionamiento del viaje como práctica y como forma. Así, Darío denunciaría el estadio de su vulgarización oponiendo el viaje estético a la industria del viaje. Casi como avatar último, la parodia exotista de Gómez Carrillo es leída por Colombi como una inflexión a la que no puede reputarse de imitativa.

Por último, y como ya observamos, *Viaje intelectual* construye una pertinencia a partir de la cual revisar una zona del canon de autores latinoamericanos, dando cuenta de la experiencia de la modernidad y su registro escrito por parte de una serie de escritores. De este modo, el libro traza itinerarios y es, al mismo tiempo, un mapa de lectura y de las lecturas de la modernidad cultural.

***Verónica Delgado***